

Euskadi

El NO a la muerte de un espectáculo vasco

JOSE MONLEON

EL espectáculo ha sido montado por el Taller de Teatro de la Universidad de Bilbao, que dirige Luis Iturri. Luego ha formado parte de una muestra itinerante, organizada por el Consejo General del País Vasco, y de una gira hecha al alimón con Rajatabla y su versión de "El señor presidente".

El Taller comenzó hace exactamente un año, y la verdad es que sobreviven en él un número increíblemente alto de alumnos, considerando la media habitual de los que, en cualquier país del mundo, logran superar el desánimo que sigue a los entusiasmos iniciales. A fin de cuentas —y hay que aceptarlo como un hecho—, al teatro han acudido siempre muchas personas que se sentían social o vivencialmente irrealizadas, y veían en esa actividad, por lo que tiene de imaginación, un modo de conquistar aquello que la cotidianidad les negaba. Que el teatro cumple en la vida de muchas personas —y no sólo de los actores— una función psicoterápica, es cosa que no puede negarse. Y que su carácter de arte —de "forma sensible del conocimiento", como repetía en sus recientes clases madrileñas el maestro uruguayo Atahualpa del Cioppo— le obliga a ser bastante más, tampoco.

De ahí el interés de que varias docenas de estudiantes de diversas carreras hayan mantenido, en el Taller de la Universidad de Bilbao, a lo largo de los meses, un nivel de aprendizaje y de trabajo que se objetivaba ya en un valioso espectáculo. "Guerra ez", es decir, "Guerra no", con todo lo que ello supone como teatro y como expresión vasca. Con ellos acabo de vivir varias sesiones de trabajo, debatiendo el espectáculo y una serie de cuestiones teatrales derivadas del mismo o surgidas al hilo de nuestra indagación...

"Guerra ez" será ahora retomada por el grupo Akelarre, que dirige el propio Luis Iturri, para incorporarla, reducido el censo de personajes, a un ciclo formado por cuatro espectáculos, inseparables según el director de la cultura vasca, o, en última instancia, enormemente útiles para su indagación: son, además de "Irrintzi" y de "Guerra ez", "El horroroso crimen de Peñaranda del Campo", de Pío Baroja, y la "Fedra" de

Unamuno. Para Iturri, la obra de Baroja debe servir para evidenciar la triste familiaridad actual del pueblo vasco con la muerte. Ciertas ejecuciones públicas llevadas a cabo en Durango en 1940 serán el contrapunto documental de la comedia. En cuanto a "Fedra", será tratada como la tragedia de la represión, y más concretamente de la represión sexual, creando un doble de cada personaje capaz de actuar y de vivir todo aquello que el mito prohíbe...

Ciertamente, plantear hoy en Euskadi un espectáculo con el título de "Guerra ez", equivale a enfrentarse con el tema básico de la comunidad. Y, de algún modo, a razonar el porqué de ese "no" sin herir frontalmente la hipersensibilidad de los sectores más radicalizados.

El "problema vasco" es difícil, entre otras, por dos razones: por su misma complejidad, por su dolorosa gestación histórica, y por las esquematizaciones emocionales en que suelen caer los nacionalismos, más dispuestos a cubrir las contradicciones con poemas, banderas y heroísmos que a afrontarlas a través del análisis y de la acción específicamente políticos. Gravita sobre nuestra civilización occidental una herencia religiosa que se manifiesta o se filtra en muchas ideologías políticas, enturbiando las aguas más limpias. El canto al sacrificio se superpone al canto a la vida —asegurando que aquél es su principio—, el maniqueísmo racial a la relación económica entre las clases sociales, la pureza de lo autóctono a la concepción de la cultura como un proceso hecho de elementos que se modifican entre sí para generar nuevas realidades...

Estas calamidades afloran en muchos nacionalismos, junto a las razones históricas que legitiman el esfuerzo de los pueblos por afirmar su identidad específica. De ahí, como digo, la dificultad de plantear en escena, a lo largo de un par de horas, el tema de la guerra.

Una virtud del espectáculo consiste, probablemente, en ser bastante menos tajante de lo que es su título. Luis Iturri, el responsable del texto —en parte propio, en parte alimentado por poemas de César Vallejo—, tiene, sin duda, una posición cla-

ra, pero el espectáculo, según conviene al buen teatro político, se limita a mostrarla sin imponerla, dejando amplios márgenes para que el público se interroge y acabe aceptando o no lo que la escena le propone.

La primera idea de la obra —ya presente en el espectáculo anterior de Luis Iturri, "Irrintzi", comentado en estas páginas hace poco más de un año— es que el pueblo vasco posee una identidad cultural, una personalidad histórica, que han sido duramente reprimidas. Si "Irrintzi" aludía, sobre todo, a los años de régimen franquista, "Guerra ez" muestra el esfuerzo hecho en los primeros meses de la última guerra civil y cuanto hubo de regresión y de muerte en sus resultados. No se trata, pues, de cuestionar la entidad de Euskadi ni de la represión de que ha sido objeto, supuestos ambos fundamentales en las distintas respuestas vascas al problema, sino de darle a la cuestión una dimensión específicamente política, analizando las consecuencias de la acción, estableciendo una confrontación tácita entre el presente y el pasado, huyendo, en fin, de cualquier reducción de la realidad a la sublimación de una ideología.

Iturri se ha centrado al efecto en la guerra civil, relatando el curso de la sublevación militar y, luego, el avance de las fuerzas "nacionales" —bombardos de Durango y de Guernica incluidos— sobre la tierra vasca. A la parte puramente narrativa —resuelta con un coro de máscaras, que rompe el hieratismo estilístico de tanto "teatro de información", del que es un ejemplo la "exposición histórica" que precede al montaje de "Noche de guerra en el Museo del Prado", en el Centro Dramático Nacional— se agrega otra, más importante y creativa, que correspondería a los ecos vivenciales de aquella tragedia. Los propios actores y el director son una consecuencia directa y, como tales, los herederos de una memoria. De ahí que tales escenas conjuguen los viejos conflictos —la escisión entre los vascos que optaron por los requetés y la de quienes optaron por la República, entre los que pusieron sus capitales al servicio de la rebelión, quienes intentaron situarse al margen y quienes tomaron las armas contra ella— con el hecho de saberse hondamente ligados a ellos. Lo que de inmediato nos conduce a la propuesta de que los hechos



"Guerra ez", guerra no, un documento y un poema del pueblo vasco.

no se repitan, a la "Guerra ez", tanto por lo que ésta tiene de horror ético como por perpetuar la tragedia de la comunidad vasca.

Otro aspecto apasionante del espectáculo consiste en revelarnos el riesgo de los nacionalismos, cuanto puede haber en ellos de superación ideal y maniquea de los conflictos. A fin de cuentas, quienes morían por España —y en el espectáculo hay una referencia explícita a la carta enviada a Franco, por un oficial rebelde, poco antes de ser fusilado por los vascos, en la que se reafirma heroicamente en sus principios— eran tan nacionalistas como quienes morían por Euskadi; si los segundos se sentían "invasores", es seguro que muchos de los primeros no se sentían "invasores" y creían luchar en defensa de su "nación", en defensa de España, de la que formaba parte el País Vasco. No es que "objetivamente" sean dos situaciones iguales, pero, justamente por eso, resulta imprescindible evitar que ideológicamente lo parezcan, simplemente cambiando el nombre de sus mártires y el color de sus banderas.

"Guerra ez" hace pensar en estas y en muchísimas cosas. Y uno cree que si la vida política española necesita más que nunca de la serenidad y de la reflexión —lo cual sería, frente a los que añoran un "ideal colectivo" que nos permitiera poner nuevamente la fe en el lugar de la inteligencia, un aspecto muy positivo de nuestro precario presente—, esto se hace singularmente preciso en el tratamiento del tema vasco.

La obra, entendida como una afirmación de la vida, de los cuerpos, del eros y del paisaje por los "niños de la guerra", no oculta nunca el problema de fondo; pero, como dijera Brecht en su poema "Contra la seducción",

No os dejéis consolar.
Vuestro tiempo no es mucho.
El lodo, a los podridos.
La vida es lo más grande:
perderla es perder todo. ■